

## CAPITULO XXIII.

**En el que Moctezuma propone á Hernan Cortés que salga de México.**



ABIA podido Moctezuma conseguir de sus guardianes que le dejasen subir á una de las torres del cuartel, y desde allí presenci6 con horrible ansiedad el combate de sus vasallos y de los españoles.

Una fiebre horrible ardia en las venas del pobre emperador. El, en otro tiempo ídolo de su pueblo; 6l, á quien sus vasallos habian adorado con el mismo fervor que á sus dioses, habia llegado á tan mísera situacion, y tenia que sistir á aquel espectáculo sin que su voz se oyera, sin que su influencia pesara para nada en tan deplorable suceso.

No sabia, al seguir con penetrante mirada las peripecias del combate, qué desear más, si la victoria de sus aliados, ó el triunfo de sus vasallos.

La providencia habia reservado á aquel tirano uno de los castigos más terribles.

Al retirarse de aquel observatorio llegaban los españoles, y Moctezuma no tuvo valor para llamar á Hernan Cortés, temeroso de que sorprendiera en su ánimo las vacilaciones, las pesadumbres, el abatimiento que le dominaba.

Bajo el mismo techo pasaron aquellos dos hombres una noche horrorosa.

Pensaban uno y otro qué determinacion deberian tomar.

Hernan Cortés consideraba necesario su alejamiento de la

ciudad, y esto representaba á sus ojos una completa pérdida de todo lo que habia conseguido.

--Si abandono la ciudad, se decia, creerán los mexicanos que huyo cobardemente.

Los tlaxcaltecas, tan interesados como yo en la ruina de México, dudarán de nuestro valor, y sin prestigio perderemos su confianza.

Un asilo en Zempoala es el desenlace más triste de esta empresa, despues de los peligros arrostrados y de los triunfos obtenidos.

¿Y quién me asegura que los mismos zempoales, temiendo la venganza de los mexicanos, no nos considerarán como la causa de sus desventuras?

¿En dónde hallar ent6nces refuerzos para venir con nuevo brío á México á concluir la conquista?

¿Qué alegría experimentaria don Diego de Velazquez al verme derrotado! Antes la muerte. Los mismos soldados de Pánfilo de Narvaez, que ahora militan bajo mi bandera, temerosos del castigo que les esperaria por su defeccion, al llegar á Santiago de Cuba se sublevarian contra mí, me harian prisionero y me conducirian á la presencia de mi verdugo, para alcanzar su perdon de esta manera.

No, mil veces no.

Y sin embargo, no hay más remedio que partir.

Hasta ent6nces no habia acercado Hernan Cortés á sus labios la copa del martirio.

En vano pedia á su imaginacion un medio, en vano contaba con su valor y con el de sus tropas. ¿Qué podian hacer tres mil hombres contra un ejército tan numeroso como el de los mexicanos?

Moctezuma, por su parte, comprendia que era insostenible la situacion de su país.

Desde el observatorio, espejo de su vergüenza, habia descu-

bierto entre los jefes de sus vasallos al príncipe de Iztacpalapa y á otros muchos personajes de su corte.

—¿Qué significa su presencia al frente de los mexicanos? se decía. ¿Creen que estoy prisionero y aspiran á libertarme, ó se aprovechan de las circunstancias para satisfacer su ambición, arrebatar de mis sienes la corona para ceñirlas en las suyas?

Habia momentos en los que creía que apenas oyesen su voz recuperaría su prestigio y los sometería á la obediencia.

Otras veces pensaba en que el pueblo, ofendido con él, no le haría caso alguno.

Al fin, despues de una noche de insomnio, tomó una resolución.

Por la mañana muy temprano rogó á Hernan Cortés que fuese á verle para tratar de asuntos importantes.

Su objeto era comunicarle la resolución que habia adoptado. Hernan Cortés acudió á su llamamiento.

—¿Cuán pequeño apareceré á vuestros ojos! exclamó Moctezuma. Los dioses me han castigado, inspirándome hácia vos un afecto, que sin duda ha despertado hácia mí el odio de mi pueblo.

Ayer he presenciado el combate.

He visto á mis vasallos caer bajo los golpes de vuestras mortíferas armas.

Es necesario que esto termine.

Hernan Cortés guardó silencio breves instantes.

—Bien sabeis, dijo, que la culpa no es mia, que no he provocado el conflicto. Me han atacado y me he defendido.

Hubiera podido incendiar las casas, acometer despiadadamente á los mexicanos.

Lo he evitado, porque he comprendido que no son ellos, sino sus instigadores, los que desean á un mismo tiempo nuestra destrucción y la vuestra.

—¿Eso pensais?

—¿Qué duda tiene? Cacumatzin, el príncipe de Iztacpalapa, el rey de Tacuba, vuestros parientes, vuestros aliados, vuestros protegidos, secundados por los sacerdotes y los altos personajes del imperio, son los que han provocado esta lid desastrosa para todos.

¿Y sabeis con qué objeto? ¡Ah, Moctezuma! No lo dudeis.

Os han acusado entre vuestro pueblo de ser amigo, aliado nuestro. Le han dicho que debe arrebataros la corona para colocarla en la frente de uno de esos jefes, que os pagan de ese modo la gratitud que os deben.

La causa sois vos: el pretexto nosotros.

—Pues bien; es necesario poner término á esta angustiosa situación. Yo confío en que mis vasallos, al verme, al oirme seguirán mi consejo, abandonarán á sus instigadores, me ayudarán á castigarles, y reinará de nuevo en México la paz y la ventura de otros dias. Yo espero conseguirlo si me ayudais.

—¿De qué manera?

—Creo haberos dado pruebas bastantes de mi respeto al gran Quetzalcoal y del amor que os profeso. He cumplido mi palabra, y he permanecido á vuestro lado abandonando á mis vasallos. No podeis dudar de mí; no teneis derecho á dudar.

—De ningun modo.

—Pues bien; yo creo haber hallado el medio de restablecer la tranquilidad.

—Dispuesto estoy á secundaros.

—Es necesario para ello que abandoneis con vuestras tropas la ciudad.

—¿No veis que atribuirian á cobardía lo que en todo caso no seria de nuestra parte más que un deseo conciliador, un medio de restablecer la armonía entre vos y vuestros vasallos?

—Yo os aseguro, añadió Moctezuma, demostrar á mi pueblo que habeis accedido á mis ruegos para mostrarle que no soy vuestro prisionero, y que reconocéis en mí todo el poder que tengo.

Ademas, una vez calmados los ánimos, empeño mi palabra de volver á abrir para vosotros las puertas de mi ciudad, para consolidar la amistad que nos une.

Hernan Cortés conoció que no le quedaba más que aquel partido.

—Si ante la fuerza, dijo, no cedo, ni cederé jamas, la razon me domina, y estoy dispuesto á obedeceros. Pero tened presente que ántes de partir desearia veros obedecido por vuestros vasallos, contribuir al castigo de vuestros nobles, que son los que han provocado el conflicto.

Pero si vos creéis tener bastante fuerza para triunfar de vuestros enemigos sin nuestra ayuda, dispuesto estoy á abandonar á México.

Moctezuma, al oír estas palabras, levantándose de su asiento, corrió á abrazar á Hernan Cortés.

—No os podeis imaginar cuán grande, cuán profunda es mi gratitud. Con esa resolucion me devolveis la vida, me devolveis el amor de mis vasallos.

En breve voy á dar órdenes para que los mexicanos depositen las armas; y no lo dudeis, la paz y la alegría volverán á mi corazon.

Apénas terminó Moctezuma estas palabras, entraron á avisar á Hernan Cortés un nuevo conflicto.

Los mexicanos, resueltos á jugar el todo por el todo, habian rodeado el cuartel, y parecian decididos á morir todos, ó á conseguir el triunfo.

Ante aquella noticia quedó desconcertado Moctezuma, y Hernan Cortés salió precipitadamente á dar las órdenes necesarias para contener el empuje de los mexicanos.

Sepamos ántes qué es lo que habia pasado entre ellos.



## CAPITULO XXIV.

### Una conspiración con buenas formas.

**C**ONSTERNÓ al ejército mexicano la desastrosa muerte de Cacumatzin.

Hasta entónces habia confiado en obtener una pronta victoria sobre los españoles.

Víctima su caudillo de los extranjeros, comenzaron á vacilar y esta fué la causa de su retirada.

Pero no era ya ocasion de retroceder.

Los españoles habian muerto á muchos mexicanos, habian incendiado muchas casas, habian llenado de luto y de desolacion la ciudad, y no era posible dar tregua á la lucha.

El príncipe de Iztacpalapa, abandonando su natural vanidad, participaba de los rencores que abrigaba el corazon de los mexicanos, y tomó una actitud más enérgica.

Si hubiera sido posible conocer á fondo los sentimientos de Quetlahuaca, fácilmente se hubiera descubierto en ellos una secreta alegría por la muerte de Cacumatzin.

En efecto; aquel príncipe, cuyo carácter belicoso se hacíatan necesario en aquellos momentos, despues del triunfo hubiera conquistado la corona de México, que de derecho le pertenecia por ser el primer elector del imperio, y le hubiera sido muy fácil arrebatarla con sus manos de hierro, con el prestigio que habia alcanzado conduciendo á la victoria á los mexicanos.

Comprendiendo, apénas supo la muerte del caudillo, que necesitaba abandonar la templanza por la energía, el espíritu de

conservacion por el ardor guerrero, congregando á todos los que le ayudaban á la reconquista de la independencia.

—La paz es imposible, les dijo; ya veis la actitud en que permanece Moctezuma. Si no estuviera prisionero, habria corrido á nuestro encuentro, bien para contenernos, ó bien para ponerse al frente de nosotros.

Yo no sé si es cómplice de los españoles: su conducta lo hace creer así. Pero si no lo es, si ha consentido soportar el peso de las cadenas, no merece ocupar más tiempo el trono, y yo estoy resuelto á arrebatársele de las manos, porque en ellas se deshonra.

Grandes han sido las pérdidas que hemos experimentado; pero los mexicanos han luchado como héroes, y se ve en su actitud que están resueltos á morir.

Aprovechemos estos nobles sentimientos de su alma, para no dar tregua ni descanso á nuestros enemigos.

Mañana al romper el alba rodeemos todos el cuartel donde se guarecen, y aunque perezcamos la mitad, aunque perezcamos todos, destrocemos las murallas que les libran de nuestras flechas, luchemos con ellos cuerpo á cuerpo en su mismo albergue; ya no es posible soportar más dias la lucha de nuestra desventurada ciudad.

Cacumatzin, por ser príncipe, por ser general en jefe de nuestras tropas, merece que se le tributen grandes honores.

Recoged su cadáver, traedle á palacio, haced que vengan todos los mexicanos á despedirse del que ha dejado de existir, y en su presencia juremos todos obtener el triunfo mañana ó perecer.

Todos aceptaron la proposicion del príncipe de Iztacpalapa, y el cadáver del guerrero fué conducido con gran pompa hasta el palacio, siendo colocado en el inmenso salon en donde tenia su trono Moctezuma.

Los nobles del imperio, los caciques, los cabos de las tropas,

una gran parte de los mexicanos, rodearon aquel cadáver, contemplándole con una mirada que envolvía á un tiempo el pesar que sentian y el deseo de vengar aquella desgracia que les habia sobrevenido.

El príncipe de Iztacpalapa rompió el lúgubre silencio que reinaba en aquella estancia, teatro otras veces de espléndidas fiestas.

—Mexicanos, exclamó con acento conmovido: ya no tenemos rey. Si lo tuviéramos, si Moctezuma amase como nosotros á su patria, habria corrido á nuestro encuentro, y nos habria dirigido al combate; Cacumatzin le reemplazó dignamente, arrojando toda clase de peligros, para venir á colocarse al frente vuestro y destruir al enemigo.

Los dioses han querido que perezca. Yo hubiera sido el primero en elevarle al trono, vacante por la traicion de Moctezuma, si hubiéramos conseguido el triunfo ó por lo ménos si la suerte no hubiera condenado al sueño eterno al valiente guerrero.

Pero su ejemplo debe animarnos. A mí me anima de tal modo, que os juro sobre su cabeza compartir con vosotros los peligros, guiaros al combate, imitando su ejemplo, y perseguir por todos los medios que se nos alcancen á nuestros enemigos, hasta que no quede un solo mexicano ó un solo español.

Las palabras del príncipe de Iztacpalapa despertaron gran entusiasmo en la muchedumbre.

—Muera nuestro enemigo, gritaron todos.

—Jurad también vosotros, añadió Quetlahuaca, seguirme mañana hasta el cuartel de los españoles, rodearlos, atacarlos, y penetrar en él, aunque sea preciso para ello incendiar todo todo el edificio y perecer con nuestros adversarios en las llamas.

—Lo juramos, gritaron todos.

—Pues bien; mañana, apenas comience el sol á difundir sus

primeros rayos, estad todos prevenidos. Los extranjeros nos creerán en el más profundo desaliento; y la sorpresa primero, y despues el valor, nos darán el triunfo.

—Antes de separarnos, dijo Guacolando, quiero tambien hablaros. Ya sabeis que yo he sido el confidente, el consejero, el amigo leal de Moctezuma. He hecho los mayores sacrificios por él, y he intentado por todos los medios imaginables apartarle de los españoles, que le han hechizado sin duda alguna, y conducirle de nuevo á este aposento, del que nunca debió separarse, porque al hacerlo ha deshonrado á nuestra patria.

Yo seré el primero en combatirle, porque ántes que nada soy mexicano, y prefiero la pobreza á la nota de ingrato, á contribuir á los males de mi patria.

Pero si alguna autoridad tiene mi voz entre vosotros, si reconocéis los servicios que he prestado al imperio, permitidme que os recuerde el derecho que tiene el príncipe de Iztacpalapa á suceder en el trono á Moctezuma, uniendo á la corona, que estoy seguro le dareis, el reino de Tezcuco, cuyo soberano ha perecido.

—Sí, sí, gritaron todos; Iztacpalapa es nuestro rey, es nuestro emperador.

—No, dijo Quetlahuaca. Aún vive Moctezuma. Mientras viva, yo puedo ser vuestro jefe, pero no reemplazarle en el trono.

No es esta la tradicion de nuestro pueblo. Nadie lo ha hecho así; no lo haré yo el primero.

Venga Moctezuma á nuestro poder; juzguémosle como merece, y si creéis que ha sido culpable, que ha sido aleve, que ha sido traidor, démosle el castigo que sea justo, y entónces, solo entónces, por vuestra voluntad cumpliré vuestros deseos.

Los teopixques propusieron que aquella mis noche se celebrasen solemnes sacrificios en aras de sus dioses para que fueran propicios.

Doce zempoales de los que servian á los españoles habian sido hechos prisioneros, y convinieron en que aquellos infelices fueran las víctimas.

Trasladáronse todos al templo mayor, y allí, en medio de las tinieblas de la noche, se celebró la horrible ceremonia.

Casi todos los mexicanos impregnaron la punta de sus flechas en la sangre de los desgraciados que acababan de sucumbir.

Era ya media noche cuando se retiraron todos, dispuestos á obedecer al dia siguiente, apénas amaneciese, las órdenes del príncipe de Iztacpalapa.

No fué precisamente al amanecer cuando se presentaron en los alrededores del palacio que ocupaban los españoles.

Dispuestos como estaban á quemar el edificio, formaron haces de leña resinosa, y comenzaron á colocarlos al pié de los muros, para prenderles fuego en el último extremo.

Este fué el motivo de que, sin sospechar siquiera sus planes, acudiera Hernan Cortés á conferenciar con Moctezuma y de que le sorprendiesen las noticias que le comunicaron, anunciándole la actitud en que acababan de presentarse los mexicanos.